

II. SOMETIMIENTO, ÉTICA Y VERDAD



© Antonio Samudio. *Pleonasmo sobre pared*. Litografía sobre piedra. 1996. 40x30 cm.



© Antonio Samudio. *Violencia moderada*. Linóleo, 2006. 34x34 cm.

El horror al amor incestuoso: lo traumático en el nacimiento de la ética individual y colectiva

PATRICIA LEÓN-LÓPEZ

Asociación de Psicoanálisis Jacques Lacan, París, Francia



El horror al amor incestuoso: lo traumático en el nacimiento de la ética individual y colectiva

El encuentro con el trauma se anuda al drama del amor incestuoso tanto en la historia del psicoanálisis como en la travesía de la cura. Este encuentro no solo se desdobra en el paso que da Freud de su teoría de la seducción sexual, como acontecimiento en el origen de las neurosis, a la necesidad del fantasma de seducción en la construcción de la realidad edípica; sino que también revela su lógica interna en un desplazamiento del horror: atravesar el horror al incesto implica aceptar el deseo de realización del amor incestuoso, desvalorizar el goce de este amor y salir de la realidad religiosa para acceder a un más allá del fantasma en el cual hay lugar para otro horror, el de lo real. Atravesar este otro horror es el nódulo del deseo del analista, el comienzo del verdadero viaje, ese que no mutila lo humano de su relación con la Cosa, con el enigma del origen.

Palabras clave: amor incestuoso, enigma del origen, horror al incesto, madre, trauma.

L'horreur face à l'amour incestueux: le traumatique à la naissance de l'éthique individuelle et collective

Autant dans l'histoire de la psychanalyse que dans la traversée de la cure la rencontre du trauma se noue au drame de l'amour incestueux. Cette rencontre se dédouble non seulement au pas franchi par Freud de sa théorie de la séduction sexuelle —en tant qu'événement à l'origine de la névrose— au besoin du fantasme de séduction dans la construction de la réalité psychique, mais dévoile aussi sa logique interne dans un déplacement de l'horreur: traverser l'horreur à l'inceste suppose accepter le désir de réalisation de l'amour incestueux, dévaloriser la jouissance de cet amour et sortir de la réalité religieuse pour aller vers un au-delà du fantasme où il y aurait de la place pour un autre horreur: celui du réel. Traverser cet autre horreur est le cœur du désir de l'analyste, le début du vrai voyage, celui qui ne mutile pas l'humain de son rapport à la Chose, en tant qu'énigme de l'origine.

Mots-clés: amour incestueux, énigme de l'origine, horreur de l'inceste, mère, trauma.

The Horror of Incestuous Love: Trauma at the Origin of Individual and Collective Ethics

The encounter with trauma is linked to the drama of incestuous love in both the history of psychoanalysis and the journey of the cure. This encounter is developed not only as Freud moves from his theory of sexual seduction, as an event that lies at the origin of neuroses, to the need of the *fantasm* of seduction in the construction of Oedipal reality; but it also reveals its internal logic in a displacement of horror. Experiencing the horror of incest implies accepting the desire of the realization of incestuous love, devaluing the *jouissance* of this love, and abandoning religious reality to enter the beyond of the *fantasm*, where there is yet another horror: that of the real. Going through that other horror is the node of the analyst's desire, the beginning of the true journey, the journey that does not deprive the human of its relation to the Thing, to the enigma of the origin.

Keywords: incestuous love, enigma of the origin, horror of incest, mother, trauma.

CÓMO CITAR: León-López, Patricia. "El horror al amor incestuoso: lo traumático en el nacimiento de la ética individual y colectiva". *Desde el Jardín de Freud* 14 (2014): 91-106, doi: djf.v14n14.46114.

* e-mail: patricia.leon@wanadoo.fr

© Ilustraciones: Antonio Samudio



Si no hay duda alguna podemos afirmar que la pregunta por el trauma está en el centro de lo que imprime a la teoría y a la clínica psicoanalítica su marca de origen. ¿Pero qué es el origen de algo? Lacan escribe origen con “y”: “origyne”, como si quisiera simbolizar con la figura de esta letra el cruce de caminos, ese punto de partida donde se bifurca la ruta. Al mismo tiempo, evoca con esta escritura ese primer Otro primordial, la Madre. No olvidemos que desde su texto “Los complejos familiares”, Lacan, siguiendo los atisbos de la elaboración freudiana introduce la angustia, unida inextricablemente a la vida y anudada a la pérdida del objeto, a la falta, en relación con ese primer Otro.

Ya sea en el complejo del destete, en el de Edipo o en el de castración, el sujeto será confrontado con la angustia de manera diferente en cada una de las crisis subjetivas que atraviesan la existencia. Es interesante ver, por ejemplo, cómo el complejo de Edipo y el de castración son ya, en cierto sentido, una elaboración dialéctica en la que se tejen defensa y deseo, con el propósito de proteger al sujeto del regreso de la angustia primitiva, la cual Otto Rank, sin duda queriendo ir aún más lejos, situó en el trauma del nacimiento.

En todos los casos la madre vehicula los *impasses* de la dependencia estructural al Otro inscribiendo su huella en el psiquismo: ambivalencia primordial entre el rechazo o la aceptación del destete, deseo de su deseo como condición de la entrada del sujeto a su existencia de ser vivo, lo que implica la identificación con el falo imaginario en tanto objeto de deseo de la madre y la entrada en el conflicto triangular del Edipo. Sabemos que tanto para el varón como para la niña la elección, la orientación hacia el objeto está determinada por la prevalencia del objeto materno. Por último, veamos en qué consiste la aceptación o el rechazo de la castración materna. La castración materna es la operación necesaria para la *negativización* del falo imaginario, sin esta operación que asocia al Padre con la significación del falo, el sujeto queda reducido a vivir como complemento del Otro materno. La castración firma el franqueamiento y la resolución del Edipo exigiendo una posición del sujeto que desexualiza y sublima las tendencias incestuosas. La angustia acompaña en el sujeto cada uno de estos momentos como para esbozar o configurar el espacio de vacilación del sujeto entre su posibilidad de separarse del Otro o quedar reducido a ser su complemento.

En todo caso, sin ir muy rápido, la relación con la Madre deja en el hombre su huella bajo la forma de una profunda nostalgia de la totalidad. Lacan no deja de recordarnos que la expresión más arcaica de esta relación se encuentra en el canibalismo, a la vez activo y pasivo. Los vestigios de dicha relación incluso han impregnado el lenguaje simbólico caracterizando hasta las formas más sublimes del amor. No faltan las metáforas en las que se lee entre líneas esta aspiración a una fusión sin resto: en el comerse, devorarse, unirse completamente al otro, hacer uno con el Otro. De igual manera en su dimensión patológica las huellas de esta nostalgia se expresan en la tendencia psíquica a la muerte, manifiesta en forma ejemplar en ciertos casos de anorexia y tentativas de suicidio. En todos los sentidos la nostalgia de este paraíso perdido encierra en sí el mito del origen¹, y marca los franqueamientos necesarios en la constitución de la realidad y del objeto del deseo.

Freud a lo largo de su obra “La interpretación de los sueños” presenta varios ejemplos de sueños de asimilación entre el regreso a la tierra, el exilio y el amor por la madre. Dice incluso que el sentimiento de *déjà vu*, el reconocimiento de un lugar como extrañamente familiar, evoca sin duda alguna los órganos genitales de la madre, pues es ese el lugar en el que estamos seguros de haber estado, al haber sido necesariamente nuestra primera morada. Este lugar determina entonces las idas y venidas del sujeto, es el punto de partida al que se aspira regresar, y que inflige a todas estas variaciones que son el volver, el alejarse, el perderse, el estar encerrado o sin salida, cierto eco metafórico que da realidad al enigma del origen. ¿De dónde vengo? ¿Quién soy? Misterio que envuelve al ser entre el sentido y el azar de la existencia, entre la realidad de lo que se recibe, se integra, nace y se revela, y un más allá que no deja de evocar lo real de la existencia, eso que sin dejar de ser, no pasa por el significante.

Es entonces a través de esta relación que se introduce la falta, la experiencia de la imposible completitud con el Otro, de la necesaria intervención de ese tercero: el padre, figura sorprendente que impide, que prohíbe la fusión protegiendo al sujeto del “horror” de un destino confinado a las faldas de la madre. ¿Qué significa entonces esta historia del origen en relación con la angustia, con la defensa contra el deseo, con ese ser entre dos, el afuera y el adentro de la realidad?

Sin duda alguna, la pregunta tiene que ver con la dependencia estructural entre el deseo del sujeto y el deseo del Otro, ¿en eso que se desea, cuál es la parte del Otro y cuál la que corresponde al propio deseo?

El análisis nos enseña que el deseo solo es articulable en la relación interna del deseo con el deseo del Otro, por eso la transferencia es el camino que permite hacer la experiencia de esta dependencia estructural y así encontrar en la opacidad, en el enigma sobre el punto de origen del deseo, en ese saber no sabido (*insu*) sobre

1. Véase: Jacques Lacan, “Les complexes familiaux dans la formation de l’individu”, en *Autres Ecrits* (Paris: Le Seuil, 2001), 23-84.

el sentido último del deseo, el espacio para salir de la alineación del lenguaje, de la determinación absoluta de este.

Quizás a partir de esta introducción sea más simple comprender a Lacan cuando afirma que “no hay ningún otro origen que pueda atraparse por fuera del origen de un discurso”².

¿Cómo situar entonces desde ahí el nacimiento del discurso analítico en el trauma, en ese nódulo que Freud encuentra desde el comienzo de su experiencia unido inextricablemente a la verdad del sujeto?

En este texto se intentará demostrar cómo el encuentro con el trauma se anuda al drama del amor incestuoso, no solo en la historia del psicoanálisis, sino en la travesía de la cura. Este encuentro con el trauma no solo se desdobra en el paso de Freud de su teoría de la seducción sexual en el origen de las neurosis a la necesidad del fantasma en la construcción de la realidad edípica, sino que revela su lógica interna en un desplazamiento del horror, a saber: atravesar el horror al incesto implica aceptar el amor incestuoso, desvalorizar el goce de este amor, salir de la realidad religiosa aceptando que no hay travesías totales sino parciales y que más allá del fantasma hay lugar para otro horror, el de lo real. La condición necesaria en una cura para acceder a ese otro orden, que no tiene nada que ver con lo imaginario, y que nos aproxima al descubrimiento de ese otro horror, el del saber en lo real, implica la aceptación de la radicalidad del amor incestuoso y de su forzada realización. En la historia del psicoanálisis y en la de la cura se encuentra el camino que va desde el atravesamiento del horror al incesto, horror donde se sitúa el nacimiento de la ética, hasta el encuentro con el horror de haber cernido la causa de su propio horror de saber, nódulo del deseo del analista. Se trata de una clínica del entre dos. Entre los dos el paso de lo necesario a lo contingente, entre los dos la vacilación, el vértigo del afuera y el adentro, de la realidad y lo real. Frente a cada horror, momentos de la cura muy diferentes que no se excluyen, el analista ocupa un lugar en la transferencia. Hay un camino que va del lado del sentido, del develamiento del deseo, de la interpretación del síntoma, hasta tocar el culmen del sentido: el sentido del sentido en el enigma del deseo, en el límite de lo representable. Y hay otro camino que va del lado del encuentro con el horror de saber. De este lado, el analista no huye al trauma, está abierto a la verdadera sorpresa, a la contingencia del saber en lo real, a la contingencia de esos significantes inscritos en el cuerpo que marcan el itinerario de la letra hecha síntoma y a la contingencia de lo que no puede pasar por la representación. Este último es el recorrido al que se invita al lector en el presente texto.

2. Citado por Françoise Gorog, “L’actualité intempestive de Jacques Lacan”, en *L’Evolution Psychiatrique* 69 (2004): 311-328. En este artículo el autor cita la ironía y la alegría con la que Lacan habla del “origen” de su enseñanza y de la palabra origen. El autor cita la conferencia inédita de Jacques Lacan en Vinatier.

EL TRAUMA DEL NACIMIENTO DEL PSICOANÁLISIS

Freud comienza a escuchar a sus pacientes y se ve confrontado muy pronto con la pregunta por la fractura entre el mundo de los acontecimientos, de lo que sucede, y el mundo de la subjetivación de la experiencia. Es ese punto de partida lo que permite atrapar algo de ese momento del “origen” de la experiencia analítica. De esa revolución que fue comenzar a escuchar la manera en la que un sujeto interpreta los acontecimientos, responde a ellos, les da lugar en la trama de su historia, los recibe según cierta predisposición, cierta sensibilidad. Para Freud, además del acontecimiento que sorprende, también tiene valor el momento, el estado en el que se encuentra el sujeto cuando algo sucede. Un estado psíquico anormal, como el de soñar despierto, hará que representaciones no muy significativas cobren valor traumático por estar asociadas a un malestar profundo, a una especie de disociación de la consciencia, “estado hipnoide” que sumerge al sujeto en un afecto paralizante que le impide reaccionar. Freud, desde sus primeros pasos, en “Estudios sobre la histeria”, establece que lo que permite aprehender el trauma no solamente reside en la determinación de la causa eficiente, “agente provocador del sufrimiento”, ni en la vivencia intensa de ciertos afectos penosos como son el horror, la angustia, la vergüenza, y que en este contexto se inscriben en el orden de una cierta disposición del sujeto a la neurosis. Lo que da su identidad al trauma es algo más que la suma de estos elementos. El nódulo del trauma es el agujero que produce en el psiquismo la sorpresa de un acontecimiento imposible de integrar en lo simbólico, en el mundo de la representación y cuya consecuencia es dejar al sujeto en la imposibilidad de reaccionar, de responder. La huella de algo inasimilable que no ha podido ser traducido “en imágenes verbales” se revelará en un momento ulterior, siempre bajo la máscara “de una experiencia nueva” por los efectos y afectos que ha dejado en el psiquismo la respuesta sofocada, ahogada, sin salida, que dejó al sujeto sin movimiento, en estado de espera, frente al primer acontecimiento.

Veamos estos dos elementos en las primeras elaboraciones de Freud: “Debemos aseverar que el trauma psíquico, o bien el recuerdo de él, obra al modo de un cuerpo extraño que aún mucho tiempo después de su intrusión tiene que ser considerado como de eficacia presente [...]”³.

En ese mismo texto, algunas líneas más adelante, explicita que lo que deja huella en el psiquismo de un sujeto es el hecho de no haber podido responder en el acto y de manera adecuada a eso que le ha afectado. Si no podemos olvidar es porque no hemos podido expresarnos, porque no hemos encontrado las palabras para responder frente a un afecto imprevisible:



3. Sigmund Freud y Josef Breuer, “Estudios sobre la histeria” (1893-1895), en *Obras completas*, vol. II (Buenos Aires: Amorrortu, 2003), 34.

El empaldecimiento o pérdida de afectividad de un recuerdo depende de varios factores. Lo que sobre todo importa es *si frente al suceso afectante se reaccionó enérgicamente o no*. [...] Si esta reacción se produce en la escala suficiente, desaparece buena parte del afecto [...]. Si la reacción es sofocada, el afecto permanece conectado con el recuerdo. Un ultraje devuelto, aunque solo sea de palabra, es recordado de otro modo que un ultraje que fue preciso tragarse. El lenguaje reconoce también ese distingo en las consecuencias psíquicas y corporales, y de manera en extremo característica designa "*Kränkung*" ["afrenta"; en el sentido de "mortificación"] al sufrimiento tolerado en silencio. —La reacción del dañado frente al trauma solo tiene en verdad un efecto plenamente "*catártico*" si es una reacción adecuada como la venganza. Pero el ser humano encuentra en el lenguaje un sustituto de la acción; con su auxilio el afecto puede ser "*abreaccionado*" casi de igual modo.⁴

Es así, entonces, como se dibuja desde el inicio del descubrimiento freudiano, el espacio de un análisis, es decir, el espacio en donde el sujeto podrá gracias a la palabra (viva y enraizada en el afecto), decir eso que en un primer momento no pudo y que de haber podido hubiera evitado el síntoma del que el sujeto quiere liberarse. Sin embargo, Freud no se queda limitado a una teoría de la catarsis, desde sus primeras hipótesis sobre el trauma hasta su elaboración de la noción de conflicto y de defensa, establece que lo inconciliable, la representación inasimilable debido a su carga y contenido sexual están en relación con la protección contra la angustia y esta última está en relación con la proximidad de la cosa, del *Das Ding*.

La noción de trauma como "cuerpo extranjero" introduce una lógica que permite comprender cómo más allá del sentido, del conflicto y de la continuidad entre el principio del placer y el de realidad, el trauma como condición del sujeto inscribe lo real, lo imposible, el encuentro siempre fallido, la cosa muda, *la chose* que no deja de trabajarnos.

Freud insiste desde muy temprano en la importancia de ese momento de separación con la Cosa, *Das Ding*. Esta separación se efectúa con eso que literalmente no está a nivel de las representaciones, que se distingue como ausente, como la cosa extranjera.

Lacan, en su seminario sobre "La ética del psicoanálisis", afirma que Freud al enunciar la ley de la prohibición del incesto, con la cual comienza la cultura, no hace otra cosa que situar en la madre y en el incesto el punto más enigmático de la relación entre naturaleza y cultura, al dar a la madre el lugar de la Cosa, que no es ni el bien ni el mal, pero que introduce lo irreductible:

4. *Ibíd.*, 34.

[...] Quiero decir que todo lo que se desarrolla a nivel de la interpsicología madre-hijo y que se expresa mal en las categorías llamadas de la frustración, de la gratificación y de la dependencia, no es más que un inmenso desarrollo del carácter esencial de la cosa materna, de la madre, en tanto que ocupa el lugar de esa cosa, de *Das Ding*.⁵

Algunas líneas más adelante agrega:

Lo que encontramos en la ley del incesto se sitúa como tal a nivel de la relación inconsciente con *Das Ding*, la Cosa. [...] El deseo por la madre no podría ser satisfecho pues es el fin, el término, la abolición de todo el mundo de la demanda, que es el que estructura más profundamente el inconsciente del hombre. En la medida en que la función del principio del placer reside en hacer que el hombre busque siempre lo que debe volver a encontrar, pero que no podría alcanzar, allí yace lo esencial, ese resorte, esa relación que se llama la ley de la interdicción del incesto.⁶

En fin, este lugar dado a la Madre permite percibir ese punto de partida entre el modelamiento del significante y la introducción en lo real de una hiancia, de un agujero. La prohibición del incesto está unida al estatuto del objeto, objeto perdido para siempre que el sujeto buscará volver a encontrar. La madre encarna el límite frente al goce supremo.

LO EXTRANJERO EN SÍ

Lacan no dejará nunca de señalar la importancia de esta dimensión de sorpresa y de esta condición de lo “extranjero en sí” que hace intrusión. En el seminario *La angustia* nos dice que vale la pena considerar esta cosa increíble, la extrañeza de ese salto gracias al cual los seres vivos salen de su medio primitivo y pasan al aire para afrontar lo desconocido. Lacan, en resonancia con Otto Rank, hace equivalente este salto al trauma del nacimiento. La intrusión del aire, el hecho de que nacer implique para un hombre respirar el afuera y que este encuentro con el exterior inicialmente lo ahogue y lo asfixie, es el verdadero trauma del nacimiento. Lacan nos dice que es eso lo que uno llama trauma, no hay ningún otro trauma, el nacimiento no es la separación con la madre, sino la aspiración en sí mismo de un medio radicalmente Otro, radicalmente extranjero⁷.

Sin querer forzar las cosas, es importante de nuevo ver la relación entre angustia, trauma y radicalidad de un Otro irreductible.

En ese salir de un primer mundo, sin regreso posible, en ese abandono de un primer lugar, en esa experiencia del adentro y del afuera inaugural es posible de nuevo

5. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis (1959-1960)*. (Buenos Aires: Paidós, 1990), 84.

6. *Ibíd.*, 85.

7. “La angustia fue elegida por Freud como señal de algo. Este algo, ¿no debemos reconocer aquí su rasgo esencial, en la intrusión radical de algo tan Otro para el ser vivo humano como constituye ya para él el hecho de pasar a la atmósfera, de modo que al salir a ese mundo donde debe respirar, de entrada, literalmente, se ahoga, se sofoca? Esto es lo que se ha llamado el trauma —no hay otro—, el trauma del nacimiento, que no es separación respecto de la madre, sino aspiración en sí de un medio profundamente Otro”. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 10. La angustia (1962-1963)* (Buenos Aires: Paidós, 2006), 354.

encontrar la condición de ese lugar perdido para siempre y que marca la distancia y la profundidad afectiva del objeto. Pero, es esa primera respiración del exterior, ese primer afuera diferente, esa salida del interior, lo que ahoga al hombre en un primer instante. Y, es solamente en un segundo momento, a partir de algo semejante a un salto en el vacío, que la salida al aire lo introduce en un nuevo movimiento, en la continuidad del respirar. En la pulsación de ese instante hay un real irreductible, aquello que llamamos trauma.

Para ir más lejos, este salto en el vacío guarda una estrecha relación con el salto que se hace en un análisis: del horror del incesto al horror de haber aprehendido la propia causa del horror de saber. Se trata de nuevo de salir a respirar el afuera. En el trayecto de una cura, algo de la relación con este amor, con el horror, con el miedo, con el rechazo o con el sometimiento pasivo a este amor debe necesariamente haber sido atravesado. Haber tomado posición en relación con la prehistoria de ese primer amor, incestuoso, marcado por esa profunda ambivalencia entre rechazo y aceptación, abre el horizonte para transformar profundamente la relación con el Otro.

Antes de continuar es necesario precisar: el amor incestuoso, que es al mismo tiempo prohibición y puesta en escena de las coordenadas de dicho amor, acostarse con la madre y matar el padre, y que imprime todos los matices que colorearán para siempre los dramas de la vida amorosa del sujeto, no es en nada equivalente al acto incestuoso. No faltan los ejemplos que nos muestran los efectos desastrosos en la vida de cualquier sujeto de haber cometido o sido víctima de un acto incestuoso. El acto incestuoso es el horror de lo irreversible, de un acto que cierra toda posibilidad de dialéctica, de sublimación. El acto incestuoso toca el horror de haber transgredido los límites entre lo humano y lo inhumano, sucumbiendo a un goce que rompe la transmisión y el orden entre las generaciones.

EL TRAUMA Y EL ENCUENTRO DEL AMOR INCESTUOSO

No olvidemos que Freud, casi a la manera del teatro en el teatro, se encontró con el trauma en el nacimiento del psicoanálisis. Cuando empieza a descifrar su teoría del trauma se encuentra él mismo chocado por el descubrimiento recurrente de las escenas de seducción en sus pacientes, hasta el punto de terminar por aceptar estas escenas como causa de la enfermedad. En ellas el elemento importante no es solo lo acontecido en su dimensión de sorpresa, sino el vínculo entre la irrupción de lo sexual y la pasividad a la que se ve sometido el sujeto por la experiencia de la seducción⁸.

La enfermedad psíquica no solo se explica porque ciertos elementos no hayan sido “abreaccionados” sino por la disociación entre la representación inconciliable,

8. Véase: Sigmund Freud, “Nuevas puntualizaciones sobre las psiconeurosis de defensa” (1896), en *Obras completas*, vol. III (Buenos Aires: Amorrortu, 2003).

inasimilable a la consciencia y el afecto. Una fuerza, una resistencia impide a lo inconciliable sucumbir al olvido. Es en este punto donde Freud se separa de Breuer, la causa de la formación de síntomas no se encuentra solo en el exceso de la energía sexual que hace irrupción, sino en un conflicto psíquico que espera resolución.

Freud deberá entonces sorprenderse de nuevo si la causalidad de las neurosis es de orden sexual, por el contrario, las escenas de seducción que había interpretado como si partieran la vida del sujeto en un antes y un después por la irrupción de un acontecimiento traumático, se revelarán como parte del saber del inconsciente y de los conflictos psíquicos que este vehicula. Se trata de un cierto saber primordial que ordena los puntos de partida alrededor de los cuales se construye la realidad psíquica y se organiza la historia del sujeto. Freud deberá entonces admitir que finalmente esas escenas de seducción no habían tenido nunca lugar y que se trataba de fantasmas imaginados por sus pacientes.

Así, encontrará en la escena primitiva (la del coito entre los padres, que no puede ser recordada sino reconstruida, como lo explica muy bien el caso del hombre de los lobos) la castración y el fantasma de seducción, los puntos de intercambio, los puntos estructurales alrededor de los cuales, como se ha dicho, se consolida y ordena la historia de todo sujeto.

El inconsciente, lejos de ser una simple acumulación de acontecimientos, o de archivos, nos muestra cómo un hombre sometido a las leyes del lenguaje, inscrito en una historia, en una filiación, en una trama de relaciones que estructuran las coordenadas de su deseo y de su goce, debe desenvolverse además con eso que de su ser no pudo, y no podrá jamás, reducirse al mundo de las representaciones (eso marca los límites del desciframiento). Si seguimos a Freud vemos cómo la dimensión de la sorpresa inscrita en el corazón del trauma toca de manera más que real la pregunta por la transmisión de lo humano, de lo intransmisible que atraviesa la vida de cada hombre y que implica necesariamente ese encuentro en sí mismo de lo extranjero.

El sentido fracasa, nos dice Lacan, porque la relación sexual no puede escribirse, lo que implica que la verdad no puede sino decirse a medias. El lenguaje introduce el sentido en el lugar donde podría escribirse la relación sexual. El amor incestuoso desplegado en el drama del Edipo y en su resolución en el complejo de castración muestra la manera como lo sexual se abre camino en el inconsciente. Pero Freud no deja de repetirlo, no hay mil caminos, por eso la necesidad de pasar por esos senderos necesarios a la neurosis, que dan sentido, que son la brújula de la orientación del sujeto en la realidad pero que no lo llevarán muy lejos, pues el límite estructural del sentido no puede ir más allá del no sentido de lo sexual, es esto lo que sitúa el trauma como condición del sujeto.



Lacan lo dirá muy bien en la “Nota italiana”:

El saber por Freud designado como lo inconsciente es lo que inventa el humus humano para su perennidad de una generación a otra, y ahora que se lo ha inventariado se sabe que eso da prueba de una loca falta de imaginación.⁹

Las idas y venidas del sujeto al puerto edípico son siempre, entonces, franqueamientos relativos de su relación con el deseo y el goce. La impregnación de la figura de la madre como objeto prohibido y anhelado, y la profunda ambivalencia que lo caracteriza, son inventariadas por Freud de manera precisa cuando expone, por ejemplo, las múltiples formas de degradación de la vida amorosa en el hombre. Aspectos como el tercero perjudicado y el amor por mujeres fáciles comprueban, según Freud, que lo insustituible en el inconsciente, la madre, anuda en la vida del sujeto sus encuentros dando la trama de su historia edípica, de su novela familiar¹⁰.

Es aún más interesante ver que para Freud lo que marca la división entre lo normal y lo patológico, en los diferentes tipos de degradación de la vida amorosa en los seres humanos, es la intensidad y la duración con la que se sucumbe a la fijación con la madre. En la vida amorosa normal quedan pendientes solo unos pocos rasgos que dejan traslucir de manera inequívoca el arquetipo materno de la elección de objeto (por ejemplo, la predilección de ciertos jóvenes por mujeres maduras), de esta manera, el desasimiento de la libido respecto de la madre se consumó con relativa rapidez. En cambio en lo patológico, la persona se ha demorado tanto tiempo junto a la madre, aun después de sobrevenida la pubertad, que los objetos de amor elegidos después llevan el sello de los caracteres maternos, todos devienen unos subrogados de la madre y son fácilmente reconocibles. Aquí se impone la comparación con la forma del cráneo del recién nacido: si el parto es prolongado, la cabeza cobrará la impresión de la abertura pelviana de la madre.

Ahora debemos hacer verosímil que los rasgos característicos de la vida patológica, tanto sus condiciones de amor como su conducta en ese terreno, surgen efectivamente de la constelación materna. Lo conseguiremos con mayor facilidad respecto de la primera condición, la de que la mujer no sea libre, o del tercero perjudicado. Inteligimos de inmediato que en el niño que crece dentro de la familia el hecho de que la madre pertenezca al padre pasa a ser una pieza inseparable del ser de aquella, y que el tercero perjudicado no es otro que el propio padre¹¹. La dimensión traumática abre el terreno de la repetición, pero además marca el límite del no sentido de lo sexual gracias al cual, si leemos detenidamente a Lacan, hay un horizonte más allá del Edipo.

En el análisis, gracias a la transferencia a una especie de cartografía amorosa que se despliega poco a poco, el sujeto va a poder volver al puerto edípico, pero

9. Jacques Lacan, “Note italienne”, en *Autres Ecrits*, (Paris: Seuil, 2001), 311. La traducción es mía.

10. Sigmund Freud, “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor, I)” (1910), en *Obras completas*, vol. XI (Buenos Aires: Amorrortu, 2003), 163.

11. *Ibíd.*, 162.

sobre todo va a relativizar una solución ideal y absoluta, va a afrontar el horror que ha podido causarle la idea del amor incestuoso, es decir, su deseo de acostarse con la madre, de matar al padre, lo cual le permitirá asumirse en una filiación, aceptar la deuda generacional, sin reducirse a ella, y sobre todo asumir que a partir de ahí es posible una invención de saber singular.

En fin, si aceptamos la idea de que en el curso de un análisis algo del horror al incesto, de ese miedo al amor incestuoso, debe ser atravesado, vale la pena argumentar un poco más sobre la cuestión.

Freud, en una carta a Fliess fechada del 31 de mayo de 1987, “Manuscrito N”, evoca por primera vez el horror al incesto y, de manera curiosa, lo hace en relación con lo sagrado:

“Sagrado” [*heilig*] es lo que estriba en que los seres humanos, en aras de la comunidad más vasta, han sacrificado un fragmento de su libertad sexual y su libertad para incurrir en perversión. El horror al incesto (impío) estriba en que, a consecuencia de la comunidad sexual (también en la infancia), los miembros de la familia adquieren cohesión duradera y se vuelven incapaces de incorporar extraños al grupo. Por eso es antisocial —la cultura consiste en esta renuncia progresiva—. Al contrario, el “superhombre”.¹²

El horror al incesto unido a lo sagrado, nos dice Freud, estriba en que hay relación entre las generaciones, a diferencia de la relación sexual que no puede escribirse entre los sexos.

Es asombroso ver cómo en la literatura analítica esta aceptación del amor incestuoso ha sido reducida casi por completo al olvido y subvertida en una especie de ideal de más allá del Edipo que no deja de evocar cierto sentido religioso, aun si la realidad religiosa implica mantenerse en la defensa contra este amor. Al contrario, en Freud encontramos esta idea expresada con absoluta claridad:

[...] Suenan poco alentador y, por añadidura paradójico, pero es preciso decir que quien haya de ser realmente libre, y, de ese modo, también feliz en su vida amorosa, *tiene que haber superado el respeto a la mujer y admitido la representación del incesto con su madre o hermana*.¹³

Los términos de Freud hablan por sí mismos, es “poco alentador y paradójico”, quien quiere ser libre debe haber aceptado, debe haber consentido, asumido su deseo de realizar el deseo edípico. En este límite vemos que el sentido mismo de la trasgresión se transforma en apertura hacia lo insondable del deseo, hacia su profunda e irreductible dimensión enigmática, pues ¿de dónde viene este deseo? Solo en este momento es posible pensar en un más allá del Edipo.

12. Sigmund Freud, “Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Manuscrito N” (1950 (1892-99)), en *Obras completas*, vol. I (Buenos Aires: Amorrortu, 2003), 299.

13. Sigmund Freud, “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II)” (1912), en *Obras completas*, vol. XI (Buenos Aires: Amorrortu, 2003), 179. La cursiva es mía. Véase mi artículo: Pierre Bruno y Patricia León, “Eloge de l’amour incestueux”, en *Cours et décours d’une Psychanalyse* (2003): 61-65.

Un ejemplo, tomado de un caso de Freud, permitirá ilustrar aquel punto de lo inconfesable de este amor, cómo puede dejar al sujeto entrabado en la vida y cómo es necesario el deseo del analista, no solo para descifrar el inconsciente, sino para estar abierto a tocar el trauma; este es el nódulo de la transferencia, de esta relación que permite la sorpresa y la repetición, el develamiento y la invención.

UN AMOR INCONFESABLE

En su texto “Dos mentiras infantiles” (1913), Freud dice que ciertas mentiras infantiles “se producen bajo el influjo de unos motivos de amor súper intensos y se vuelven fatales si provocan un malentendido entre el niño y la persona amada por él”¹⁴. Para resumir rápidamente, en este texto Freud nos cuenta la historia de una de sus pacientes en análisis, y el desenlace, en la transferencia, de un momento traumático de su infancia relacionado con el intenso amor por su padre y la profunda decepción de este amor.

La niña de 7 años pide dinero a su padre para comprar unas pinturas y decorar unos huevos de Pascua, el padre se niega argumentando que no tiene, pero la niña las compra con un dinero que le queda de un evento en la escuela. Su hermano la denuncia y el padre, encolerizado, la hace castigar por la madre de manera severa. Pero después del castigo la niña cae en una profunda tristeza, en una gran aflicción que la propia paciente califica como “punto de viraje” de su niñez. A partir de ese momento la niña traviesa y confiada se vuelve tímida y triste.

Durante el análisis con Freud, surgió una intensa depresión cuyo análisis condujo al recuerdo de lo anteriormente relatado. En efecto, sin saberlo y haciendo caso de la neutralidad analítica, Freud se ve obligado a pedirle que no le traiga más flores. En ese momento la paciente vuelve a vivir la misma decepción, el desprecio del padre se repite con el analista, pero el desanudamiento de la transferencia permite a la paciente decir esta vez lo que en su niñez no pudo decir y anudar a sus síntomas el conflicto edípico y el trauma. En un primer momento Freud va a poder ordenar una serie de síntomas ligados particularmente al significante dinero, síntomas que se habían manifestado a lo largo de la cura. Así, nos dice que durante los preparativos de su boda, la paciente fue presa de inevitables arrebatos de cólera cada vez que su madre compró algo para su nuevo hogar, se trataba de su dinero y nadie tenía “permitido comprar algo con él”. En el mismo sentido, no aceptaba el dinero de su marido para gastos superfluos, y estableció una cuidadosa separación entre el dinero de su marido y el suyo. Durante el tratamiento analítico, algunas veces los envíos de dinero de su ciudad se retrasaron, lo que hizo que se encontrara sin recursos y, no obstante el hecho de que Freud le había hecho prometer que le pediría prestado a él lo correspondiente al pago de sus

14. Sigmund Freud, “Dos mentiras infantiles” (1913), en *Obras completas*, vol. XII (Buenos Aires: Amorrortu, 2003), 323.

sesiones mientras le llegaba esa suma, prefirió empeñar sus joyas, diciendo que le era imposible recibir dinero de Freud.

Freud sigue entonces el saber del síntoma, buscando el sentido oculto del dinero, y encuentra en estos comportamientos el nódulo inconsciente que dio al incidente con el padre el valor traumático: a la edad de 3 años la niña asiste a una relación erótica entre la muchacha que la cuidaba y un médico, por su silencio recibía dinero para comprarse bombones. Jugaba de manera tan llamativa con este dinero que traía a casa, que la madre terminó por preguntarle: “¿Quién te ha dado ese dinero?”¹⁵, la niña confesó y la niñera fue despedida. El dinero guardaba entonces para ella la significación secreta del vínculo amoroso, de la entrega corporal. Cuando se presenta el incidente con el padre, el sentido oculto del dinero toma su valor traumático. Coger el dinero del padre equivalía a una declaración de amor, Freud escribe:

La fantasía de ser el padre su amado era tan seductora que el deseo infantil de poseer las pinturas para los huevos de Pascua fácilmente se abrió paso, con el auxilio de aquella, contra la prohibición. Ahora bien, confesar la apropiación del dinero no podía, se veía forzada a negarla, porque el motivo de la acción, inconsciente para ella misma, era inconfesable. La reprimenda del padre era, por consiguiente, un rechazo de la ternura a él ofrecida, un desdén; por eso quebrantó su coraje. Dentro del tratamiento estalló un estado de desazón grave, cuya resolución condujo al recuerdo de lo que acabo de comunicar, cuando yo me vi obligado a copiar el desdén rogándole que no me trajera más flores.¹⁶

Este caso muestra entonces que lo que la niña no pudo decir, lo inconfesable, el amor incestuoso que es cubierto por la mentira, es lo que da todo el poder al trauma. Sin embargo, el encuentro con ese nudo traumático abre el horizonte de la cura, porque a partir de ahí surge en la transferencia la ocasión de decir lo que no se pudo decir y de aceptar transformar eso que cubrió con la mentira, con el propósito de seguir completando al Otro. Freud no va a buscar el sentido de la mentira en el eje imaginario, sino las coordenadas simbólicas de lo que, de niña, su paciente no pudo decir. La negativa del padre de darle dinero a la niña rompe el sillón del fantasma, la seguridad, el lugar de la niña en el fantasma incestuoso, por eso lo inconfesable es cubierto con la mentira.

No se trata con este ejemplo de dar cuenta de un fin del análisis. El fondo borroso del enigma del deseo solo aparece en su superficie, lo que une este amor con el misterio del origen y su relación con el enigma de la Cosa, con la relación con la madre, está aún ausente del caso y no se trata de especular y hacer interpretaciones salvajes, sino de mostrar la relación entre trauma, deseo y síntoma, anudados en la



15. *Ibíd.*, 325.

16. *Ibíd.*, 325.

transferencia. Además, vale la pena notar que Freud no le huye al trauma, sino que su neutralidad le permite encontrarlo.

Lacan, en el seminario ... *O peor*, anota:

Un psicoanálisis reproduce —ustedes reencuentran aquí los rieles ordinarios— una producción de la neurosis. [...] Esa neurosis, que no sin razón atribuimos a la acción de los padres, solo es alcanzable en la medida en que la acción de los padres se articula justamente por la posición del psicoanalista. En la medida en que converja en un significante que emerja de ella, la neurosis se ordenará según el discurso cuyos efectos produjeron al sujeto. Todo padre [*parent*] está en suma en la misma posición que el psicoanalista. La diferencia es que el psicoanalista, por su posición, reproduce la neurosis, mientras que el padre [*parent*] traumático la produce inocentemente.¹⁷

La posición de Freud en este caso muestra con absoluta claridad que no se trata de un psicoanalista que traumatiza al sujeto corrigiendo el goce, sino de uno que está abierto a la sorpresa y la acoge en la transferencia, que recibe esos significantes claves que ordenan la neurosis, el dinero en este caso, ese elemento presente en la cura, anudado gracias a la flexibilidad de Freud en la experiencia; no olvidemos que hasta le hace prometer a la paciente recibir su dinero en préstamo. La experiencia de la transferencia va abriendo el camino hasta dejar el agujero del sinsentido volver a su lugar, para encontrar en el síntoma, en el saber de este que no es ni del sujeto ni del Otro, lo que permite al sujeto salir de la alineación transferencial para ir hacia horizontes más lejanos que los de su prisión fantasmática.

SORPRESA Y TRAUMA

Freud puso en primer plano la sorpresa para estudiar los efectos del trauma. Lacan, en el seminario sobre la transferencia, dice que el psicoanalista vive siempre en la falsa sorpresa, pero que a lo que debe apuntarle para ser eficaz es a la verdadera sorpresa, la cual es intransmisible.

[...] el analista está condenado a la falsa sorpresa. Pero con razón dirán ustedes que solo es eficaz si se ofrece a la verdadera, que es intransmisible y de la que no puede dar sino un signo. [...] Representar algo para alguien, eso es precisamente lo que hay que romper. Porque el signo que hay que dar es el signo de la falta de significante. Es, como ustedes saben, el único signo que no se soporta, porque es el que provoca la más indecible angustia.¹⁸

Esta formulación de Lacan es una brújula para orientar la conclusión de este trabajo: llegar a la verdadera sorpresa, a lo intransmisible, implica atravesar el horror

17. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 19. ...O peor* (Buenos Aires: Paidós, 2012), 149.

18. Jacques Lacan, *El seminario. Libro 8. La transferencia (1960-1961)* (Buenos Aires: Paidós, 2003), 267.

del incesto, la complejidad de ese deseo, y así poder acceder a ese punto donde la angustia es signo del silencio del Otro, donde no hay garantía del Otro, donde el sujeto no solo acepta que el Otro es inconsistente sino que puede afrontar el vacío y lo real de la Cosa sin mutilar su humanidad ni quedarse encerrado en su fantasma. Esa sorpresa tiene que ver con el momento de encuentro que se produce en la cura cuando en la transferencia se repite lo que el sujeto en un primer tiempo no pudo decir, y cuando eso que dirá en esta oportunidad subvertirá su relación con el Otro, con lo que de su inconsciente se abre al desciframiento, pero también a ese más allá de la verdad-mentirosa. Se trata de un largo camino que no reduce la opacidad enigmática del deseo, pero que tampoco la sacraliza¹⁹.

Simplemente lo real, lo que está por fuera del mundo del significante puede habitarnos, el horror percibido, lo prohibido transgredido, la realización del deseo inconsciente, que no significa para nada ser actor o víctima de un acto incestuoso, abren la puerta a ese otro horror, el del saber, y dejan al sujeto la posibilidad de separarse y de aceptar un viaje en donde es posible errar...

Se trata de un momento que podemos situar en eso que Lacan identifica como el verdadero fin del análisis y que implica desabonarse del inconsciente, ir más allá del fantasma, afrontar otro amor. En este más allá hay lugar para otro horror, el cual una vez atravesado, nos deja abiertos a la verdadera sorpresa, intransmisible, pero unida a la Cosa por un incierto comienzo que no deja de estar ligado al misterio del origen.

Es ahí donde comienza el verdadero viaje.

BIBLIOGRAFÍA

- BRUNO, PIERRE. *Une psychanalyse: du Rébus au rebut*. Toulouse: Érès, 2013.
- BRUNO, PIERRE Y LEÓN, PATRICIA. "Eloge de l'amour incestueux". En *Cours et décours d'une Psychanalyse* (2003): 61-65.
- GOROG, FRANÇOISE. "L'actualité intempesive de Jacques Lacan". En *L'Évolution Psychiatrique* 69 (2004): 311-328.
- LACAN, JACQUES. "Les complexes familiaux dans la formation de l'individu" (1938). En *Autres Ecrits*. Paris: Le Seuil, 2001.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 7. La ética del psicoanálisis (1959-1960)*. Buenos Aires: Paidós, 1990.
- LACAN, JACQUES. *El Seminario. Libro 8. La transferencia (1960-1961)*. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 10. La angustia (1962-1963)*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- LACAN, JACQUES. *El seminario. Libro 19. ... O peor (1971-1972)*. Buenos Aires: Paidós, 2012.
- LACAN, JACQUES. "Note italienne" (1974). En *Autres Ecrits*. Paris: Seuil, 2001.
- FREUD, SIGMUND. "Fragmentos de la correspondencia con Fliess. Manuscrito N°" (1950 [1892-99]). En *Obras completas*. Vol. 1. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

19. Véase el aporte y el camino que abre Pierre Bruno en su último libro sobre esta cuestión. Pierre Bruno, *Une psychanalyse: du Rébus au rebut* (Toulouse: Érès, 2013).

FREUD, SIGMUND. “Nuevas puntualizaciones sobre las psiconeurosis de defensa” (1896). En *Obras completas*. Vol. III. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

FREUD, SIGMUND. “Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (Contribuciones a la psicología del amor, I)” (1910). En *Obras completas*. Vol. XI. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

FREUD, SIGMUND. “Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribu-

ciones a la psicología del amor, II)” (1912). En *Obras completas*. Vol. XI. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

FREUD, SIGMUND. “Dos mentiras infantiles” (1913). En *Obras completas*. Vol. XII. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

FREUD, SIGMUND Y BREUER, JOSEF. “Estudios sobre la histeria” (1893-1895). En *Obras completas*. Vol. II. Buenos Aires: Amorrortu, 2003.

